

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA EN EL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MACHA

Antonio García Velasco

Introducción

Siempre he defendido que *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* es una obra manierista. Ciertamente que los términos “manierismo” y “manierista” (a la manera de) nacieron como peyorativos, pero, con el paso del tiempo, gracias a obras tan relevantes como *Rimas del licenciado Tomé de Burguillos*, el *Quijote*, *El coloquio de los perros* y otras similares –no se mencionan las obras pictóricas o escultóricas- estas palabras dejaron atrás sus connotaciones negativas y nos aparecen como denominaciones de un periodo básico (Manierismo) entre el Renacimiento y el Barroco y como adjetivo que define unas determinadas obras. Hay autores que, en efecto, nacieron siendo renacentistas y evolucionaron a manieristas y, en algunos casos, murieron barrocos. Cervantes, por ejemplo, es escritor renacentista en un principio, aunque siempre con el marchamo de la originalidad, y se convirtió en el paradigma de autor manierista.

¿Cuáles son los rasgos caracterizadores del Manierismo? Superación del idealismo renacentista, superación de las técnicas y modas literarias del Renacimiento, desarrollo de temas literarios en la propia obra literaria, predominio de la idea del arte como juego, realismo frente a idealismo, “jugando” con tal oposición, humorismo... Un ejemplo típico de literatura manierista podemos observarlo en el famoso soneto de Lope de Vega “Un soneto me manda hacer Violante”, donde se explican las características de esta estrofa al tiempo que se escribe una técnicamente perfecta. Pero, veamos, por ejemplo, el soneto siguiente, también de Lope, en concreto de su obra *Rimas del licenciado Tomé de Burguillos*:

NO SE ATREVE A PINTAR SU DAMA MUY HERMOSA POR NO
MENTIR QUE ES MUCHO PARA POETA

Bien puedo yo pintar una hermosura,
y de otras cinco retratar a Elena,
pues a Filis también, siendo morena,
ángel Lope llamó de nieve pura.

Bien puedo yo fingir una escultura,
que disculpe mi amor, y en dulce vena
convertir a Filene en Filomena
brillando claros en la sombra oscura.

Mas puede ser que algún letor extrañe
estas musas de Amor hiperboleas,
y viéndola después se desengañe.

Pues si ha de hallar algunas partes feas,
Juana, no quiera Dios que a nadie engañe,
basta que para mí tan linda seas.

El poeta nos habla en la primera estrofa de su capacidad para pintar a su amada con los rasgos ideales que emplearon los poetas renacentistas, siguiendo, por ejemplo, el modelo de Lope que pintó de “nieve pura” a Filis, aunque era morena, pues el ideal concebía a la mujer con piel blanca. En la segunda estrofa, de nuevo, sigue declarando su capacidad para pintar a su amada como hacían los poetas anteriores, con rasgos ideales, justificando así su pasión amorosa, su enamoramiento. Pero prefiere el realismo, no sea que “algún letor extrañe / estas musas de Amor hiperboleas, / y viéndola después se desengañe”.

Estamos, pues, ante un texto sobre la literatura -literatura como tema literario-, donde se opone el realismo al idealismo: “Pues si ha de hallar algunas partes feas, / Juana, no quiera Dios que a nadie engañe, / basta que para mí tan linda seas”. La presencia del juego literario podemos apreciarla

en el hecho de que habla de Lope, siendo Lope el propio autor del soneto, aunque atribuido –nuevo juego literario- a Tomé de Burguillos.

Manierismo en el Quijote o la literatura como tema literario

Los ejemplos en el Quijote de este tipo de juegos literarios son innumerables. Bástenos, por ahora, la atribución de la historia a Cide Hamete Benegeli y las alusiones a la pérdida de información para seguir escribiendo, caso de la batalla con el vizcaíno. U otros menos comentados, como las alusiones del presunto traductor o segundo autor a lo escrito por Cide Hamete, justificando sus criterios, explicando sus escritos o, simplemente, añadiendo sus propias opiniones. Sirva de ejemplo el comienzo del capítulo XLIV de la segunda parte: “Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote”:

Dicen que en el propio original desta historia se lee que, llegando Cide Hamete a escribir este Capítulo, no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que, por huir deste inconveniente, había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del Curioso impertinente y la del Capitán cautivo, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas, o con priesa o con enfado, sin

advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto cuando, por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz. Y así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece; y aun éstos, limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos; y, pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir. Y luego prosigue la historia...

Tenemos en esta cita la ilustración de cómo en la segunda parte del Quijote (“El Ingenioso Caballero don Quijote la Mancha”) toma como tema literaria la primera parte (“El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha”). Pero los ejemplos son numerosos y de ello nos ocuparemos, tras comentar el comienzo de este capítulo XLIV.

Anteriormente, en el capítulo II aparece Sansón Carrasco, hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de Salamanca con el título de Bachiller, que trae las primeras noticias del libro que contiene la historia de Don Quijote y Sancho. Dice éste: “...que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y, yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió”.

Don Quijote, al contrario de Sancho, no se extraña, pues *“Yo te aseguro, Sancho -dijo don Quijote-, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir”*. Vemos, de momento, la alusión a la técnica del narrador omnisciente, suerte de sabio encantador a quien no se encubre nada de lo que quiere escribir. Aunque la actitud de Cervantes es distanciadora en tanto que atribuye su historia al tal autor arábigo, jugando con ello, presentándose como mero traductor y comentando lo que escribe ese “primer autor”. Siguen hablando del libro recién publicado:

-Y ¡cómo -dijo Sancho- si era sabio y encantador, pues (según dice el bachiller Sansón Carrasco, que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena!

-Ese nombre es de moro -respondió don Quijote.

-Así será -respondió Sancho-, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berenjenas.

-Tú debes, Sancho -dijo don Quijote-, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor.

-Bien podría ser -replicó Sancho-, mas, si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

Naturalmente Sansón Carrasco se presenta ante Don Quijote para dar cumplidas noticias del libro. Lo primero, tras un eufórico saludo, es decirle que *“es vuestra merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá, en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes”*. El tema de la literatura en la literatura se hace notar nuevamente y, en esta línea, va lo que sigue.

Don Quijote pregunta de inmediato si es cierto que su historia ha sido escrita y es moro quien la escribió. La respuesta de Sansón Carrasco parece una premonición ante la que cabría preguntarse si, en efecto, estaba Cervantes tan seguro de la calidad de su obra: *“Es tan verdad, señor -dijo Sansón-, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca”*.

Carrasco, Sancho y don Quijote siguen dialogando sobre el libro que contiene su historia y de cómo se resaltan las cualidades del caballero: *“solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso”*. Sancho pone una objeción: nunca es llamada doña Dulcinea, por lo que podría tratarse de un error de la historia. El bachiller y Don Quijote se muestran de acuerdo de que tal error carece de importancia. El caballero pregunta por sus hazañas más destacadas, a lo que responde Carrasco:

-En eso -respondió el bachiller-, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuestra merced le parecieron Briareos y gigantes; otros, a la de los batanes; éste, a la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los

galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

En esta conversación sobre las hazañas relatadas en la primera parte de la historia, se habla de que no están referidos todos los “palos” recibidos por Don Quijote, aunque sí se recogen el manteo sufrido por Sancho. La ocasión se aprovecha para comentar un aspecto de la literatura o técnica literaria: sin faltar a la verdad no se han de pintar todos los pormenores, sobre todo si menoscaban la fama del héroe:

-A lo que yo imagino -dijo don Quijote-, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

-Con todo eso -respondió el bachiller-, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote.

-Ahí entra la verdad de la historia -dijo Sancho.

*-También pudieran callarlos por equidad -dijo don Quijote-, pues **las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.***

*-Así es -replicó Sansón-, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: **el poeta puede contar, o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.***

-Pues si es que se anda a decir verdades ese señor moro -dijo Sancho-, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos; porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues,

como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

Sancho es, sin duda, el segundo personaje de la historia. Sus dichos y conversaciones son celebrados. Pero quizás fue demasiado ingenuo al creerse la promesa de la ínsula: “-Mala me la dé Dios, Sancho -respondió el bachiller-, si no sois vos la segunda persona de la historia; y que hay tal, que precia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella, puesto que también hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula, ofrecida por el señor don Quijote, que está presente”.

Una de las “pegas” que ponen los lectores es precisamente la inclusión de novelas que nada tienen que ver con la historia del caballero andante, lo que enlaza con lo comentado en la cita del comienzo del capítulo XLIV:

-Una de las tachas que ponen a la tal historia -dijo el bachiller- es que su autor puso en ella una novela intitulada El curioso impertinente; no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote.

-Yo apostaré -replicó Sancho- que ha mezclado el hideperro berzas con capachos.

*-Ahora digo -dijo don Quijote- que **no ha sido sabio el autor de mi historia**, sino algún ignorante hablador, que, a tienta y sin algún discurso, se puso a escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: "Lo que saliere". Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: "Éste es gallo". Y así debe de ser de **mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.***

*-Eso no -respondió Sansón-, porque es **tan clara**, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que, apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: "allí va Rocinante". Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote: unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, **la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto**, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico.*

*-A escribir de otra suerte -dijo don Quijote-, no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y **no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos**: sin duda se debió de atener al refrán: "De paja y de heno...", etcétera. Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios, en cuanto a verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.*

-No hay libro tan malo -dijo el bachiller- que no tenga algo bueno.

Parece, en efecto, que Cervantes deja aquí la crítica de la primera parte para justificar más adelante (en el referido capítulo XLIV) la inclusión de las novelas ajenas a la historia. Por nuestra parte, lo que hemos querido mostrar es el tema de la literatura en la propia literatura y, en este

caso, la literatura de la primera parte en la segunda de tan impresionante obra como es el *Quijote*.

La conversación sigue en la dimensión que ya queda apuntada y que enlaza con la sociología de la literatura: la repercusión social de una obra. Se ha hablado ya del número de ejemplares impresos, de los lectores diferentes que se acercan a ella, de las opiniones que despierta el libro... Se insiste en esta misma dirección:

-Todo eso es así, señor don Quijote -dijo Carrasco-, pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que si aliquando bonus dormitat Homerus, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares, que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así, digo que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren.

-El que de mí trata -dijo don Quijote-, a pocos habrá contentado.

*-Antes es al revés; que, como de stultorum infinitus est numerus, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar **quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho**, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido. También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.*

Es el capítulo IV de esta segunda parte “*Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse*”. O sea, Cervantes aprovecha lo que, tal vez, fuese un olvido para seguir hablando del primer libro de su obra magna. Tal como hará en otros momentos.

En el capítulo VIII dirá Sancho, después de declarar su fe católica y, tal como requerían los tiempos, su aversión a los judíos: “...*Pero digan lo que quisieren; que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; aunque, por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren*”.

En el capítulo XVI, se produce el encuentro con el llamado Caballero del Verde Gabán, con quien la pareja andante, Don Quijote y Sancho, entablan conversación. Don Quijote explica quien es y, como argumento, menciona el libro en el que están publicadas sus hazañas anteriores: “...*he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura...*” El del Verde Gabán se percata pronto de las características del personaje que le habla y, en su respuesta, aparece un atisbo de provocación: “...*con esa historia, que vuesa merced dice que está impresa, de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de*

que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias". Naturalmente, Don Quijote no puede aceptar la idea de que son falsas las historias de los caballeros andantes. Y de nuevo, la nota de sociología de la literatura –la literatura en la literatura-: lo que leen los caballeros, lo hidalgos de aquellos lares: “...Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que éstos hay muy pocos en España”. Observamos la idea sobre las cualidades de los libros más apreciados: “de honesto entendimiento, que deleitan con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención”. De hecho, son los libros que pretende escribir el propio Cervantes según ya aparece en el prólogo de la primera parte: “...procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla”.

Durante el viaje y la estancia en casa del caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda, son frecuentes las conversaciones sobre libros, sobre poesía y literatura en general, el tema manierista por antonomasia. Y se podría seguir por este camino, ya que son múltiples los ejemplos, como en el caso del capítulo XXII “*Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio*

felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha”, en el que, antes de llegar a la cueva se desarrolla una larga conversación sobre los libros y la composición de los mismos, pues se encuentran con un estudiante “*que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos a príncipes*”.

En el capítulo XXX, “De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora”, se narra el encuentro con los duques que han de dar el gobierno de la ínsula a Sancho. Conocedores del libro “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha”, se disponen a pasárselo bien con los dos aventureros. Don Quijote envía a Sancho con el recado de que está dispuesto a servir y honrar a la bella cazadora, la duquesa. Sancho cumple adecuadamente el cometido y ella dice:

*-Por cierto, buen escudero -respondió la señora-, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la **Triste Figura**, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid a vuestro señor que venga mucho en hora buena a servirse de mí y del duque mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.*

Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el Caballero de la Triste Figura, y que si no le había llamado el de los Leones, debía de ser por habersele puesto tan nuevamente.

Preguntóle la duquesa, cuyo título aún no se sabe:

*-Decidme, hermano escudero: este **vuestro señor**, ¿no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que tiene por señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso?*

*-El mismo es, señora -respondió Sancho-; y **aquel escudero suyo que anda, o debe de andar, en la tal historia**, a quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna; quiero decir, que me trocaron en la estampa.*

*[...] ... y los dos, por **haber leído la primera parte desta historia** y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían, con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como a caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías, que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados.*

Observemos el juego cervantino: los personajes conocedores ya del primer libro aprovechan tal conocimiento para disponer un escenario a la medida de los personajes y reír a su costa. Los capítulos que siguen están dedicados a los “divertimentos” de los duques.

Los temas del primer libro sirven de motivo para las conversaciones en el segundo. Los nuevos personajes conocen la historia y condición de la pareja caballeresca y sobre ello hablan:

*-Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, **nacidas de la historia que del gran don Quijote anda ya impresa**; una de las cuales dudas es que, pues el buen Sancho nunca vio a Dulcinea, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, cómo se atrevió a fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y todas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos.*

La respuesta de Sancho, ya con el nombramiento de gobernador, da motivos a la duquesa para una reflexión sobre la locura de Don Quijote y la no menos de su escudero. Todo ello, redundando en el tema del primer libro en el segundo.

Entre los argumentos con los que Sancho defiende su capacidad para recibir el nombramiento de gobernador está el hecho de figurar en un libro publicado: “...como si Sancho fuese algún quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según me dijo Sansón Carrasco, que, por lo menos, es persona bachillerada por Salamanca”.

Por la lectura de la primera parte de la historia de “El ingenioso...”, son conocedores los duques de los rasgos de sus invitados, Don Quijote y Sancho, y disponen todo para hacerle vivir aventuras conforme a su condición. Así lo reconoce el autor al final del capítulo XXXIII: “Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento; y, enviándole a reposar, ella fue a dar cuenta al duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla a don Quijote que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen”.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha de Fernández de Avellaneda

Aunque ya en el prólogo; Cervantes comenta la aparición del libro de autor desconocido y sus afirmaciones iniciales, en su historia, es a partir del capítulo LIX cuando aparece el tema relacionado con el que estamos tratando: el hidalgo Don Quijote (de Avellaneda) en el caballero Don

Quijote. ¿Qué impulsa a Cervantes a tratar el tema de un libro considerado apócrifo y tomar incluso personajes del mismo para tratarlos en *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*? La ficción de desmentir lo que Avellaneda cuenta no es más que una argucia implicada en el tema manierista de la literatura en la literatura. ¿No le hacía, acaso, más favor al propio autor apócrifo que a sí mismo al mencionarlo en su libro? Dejemos estas preguntas sin respuesta y continuemos con la línea que marca este trabajo.

Don Quijote, a su condición de caballero andante y todo lo que ello implica, une un argumento más: la de su historia impresa y difundida por el mundo: “*Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y, porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces*”.

Con tales conversaciones –atrás queda la estancia en la casa solariega de los duques y el gobierno de la ínsula Barataria-, llegan a una venta en la que están leyendo la segunda parte de la historia publicada por Avellaneda:

Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote:

-Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que trae la cena leamos otro Capítulo de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha.

Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

-¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

-Con todo eso -dijo el don Juan-, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desamorado de Dulcinea del Toboso.

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

-Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

-¿Quién es el que nos responde? -respondieron del otro aposento.

-¿Quién ha de ser -respondió Sancho- sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere?; que al buen pagador no le duelen prendas.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo:

-Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda, vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego.

Y, poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote, y, sin responder palabra, comenzó a hojearle, y de allí a un poco se le volvió, diciendo:

-En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos, y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza; y quien en

esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia.

A esto dijo Sancho:

-¡Donosa cosa de historiador! ¡Por cierto, bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama a Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Torne a tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre.

-Por lo que he oído hablar, amigo -dijo don Jerónimo-, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote.

-Sí soy -respondió Sancho-, y me precio dello.

-Pues a fe -dijo el caballero- que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.

Merece un comentario esta larga cita. En la primera parte del Quijote el mismo Sancho se refiere a su mujer como Juana Gutiérrez y, poco después, como Mari Gutiérrez, según podemos ver en el capítulo 1,7: “-De esa manera -respondió Sancho Panza-, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos, Juana Gutiérrez, mi oíslo¹, vendría a ser reina, y mis hijos infantiles. // -Pues, ¿quién lo duda? -respondió don Quijote // -Yo lo dudo -replicó Sancho Panza-; porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos *sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. // -Encomiéndalo tú a Dios, Sancho -respondió don Quijote-, que Él dará lo que más le convenga, pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado”.*

¹ Oíslo significa “persona querida, en especial la esposa respecto al esposo”, lo que nos deja bien claro de quien se refiere Sancho con el nombre de Juana y Mari Gutiérrez.

El nombre de Teresa Panza no aparece hasta el capítulo 2,V. ¿A qué jugaba Cervantes con estos trueques? ¿A buscar un argumento con el que desmentir la segunda parte del Quijote escrita por un rival aprovechado? ¿No se acordaba de haberla nombrado como Juana o Mari Gutiérrez? Los caminos del juego literario de nuestro autor son verdaderamente dignos de la consideración que le estamos prestando y mucho más.

Por otra parte, tacha al nuevo libro que trata a Sancho como simple y comilón, cuando en el mismo capítulo el propio Don Quijote dice “Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y **tú para morir comiendo**”. Es evidente el juego de palabras “vivir muriendo/ morir comiendo”. Anteriormente, cuando estaban con los duques, Don Quijote reprocha a Sancho el empleo reiterado de refranes y dice a los anfitriones: “...*Vuestras grandezas dejen a este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan a sazón y tan a tiempo cuanto le dé Dios a él la salud, o a mí si los querría escuchar*”. Se podría rastrear el número de veces y contextos diferentes en los que, en la obra cervantina, son calificados los personajes de mentecatos y a Sancho en particular como simple y comilón. Muy sospechoso es sin duda el empleo de tales argumentos que, sin duda, podrían alimentar la hipótesis de un Alonso Fernández Avellaneda como seudónimo de Miguel de Cervantes Saavedra, que aprovechara el material de desecho de su novela para hacer un nuevo libro. De la capacidad de fingimiento de Cervantes bien podría esperarse.

En el capítulo 2,LXI, “De lo que le sucedió a don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto”, el recibimiento que le preparan al caballero andante constituye, de nuevo, una presencia importante del Quijote de Avellaneda

y, por supuesto, de acuerdo con el conocimiento del personajes gracias a la lectura de su historia: *“En esto, llegaron corriendo, con grita, lililés y algazara, los de las libreas adonde don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz a don Quijote:// -Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores”*. Sin duda, los presentes son conocedores tanto de la historia contada por Cervantes como de la contada por Fernández de Avellaneda. Lo reconocerán más adelante, en el mismo capítulo: *“...don Quijote; el cual, volviéndose a Sancho, dijo: -Éstos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia y aun la del aragonés recién impresa”*. El “juego” manierista de Cervantes continúa sumando puntos. Incluso el final del capítulo es propio de la literatura como tema literario: *“Volvieron a subir don Quijote y Sancho; con el mismo aplauso y música llegaron a la casa de su guía, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico; donde le dejaremos por **agora, porque así lo quiere Cide Hamete”***.

En el capítulo 2, LXII “Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse”, de nuevo se encuentra Don Quijote en casa de un personaje que lo conoce tanto a él como a Sancho, es decir, un lector de la primera parte del Quijote. Conforme a tales conocimientos prepara, con ánimos de diversión, la estancia y paseos por Barcelona. Dice así: *“Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse a lo honesto y afable, el cual, viendo en su casa a don Quijote,*

andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase a plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero". Tiene lugar en la casa el encuentro con la cabeza parlante, presentada como obra de encantadores y hechiceros. En su paseo por las calles, entra Don Quijote en una imprenta, donde de nuevo aparece el tema de los libros –literatura en la literatura-, el de las traducciones, el de las ediciones y, como no iba a ser menos, la segunda parte compuesta por Avellaneda: "*Pasó adelante y vio que asimesmo estaban corrigiendo otro libro; y, preguntando su título, le respondieron que se llamaba la Segunda parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal vecino de Tordesillas.*// -Ya yo tengo noticia deste libro -dijo don Quijote-, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos, por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como a cada puerco, que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas. Y, diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la emprenta".

En este episodio, de nuevo, es de anotar las digresiones sobre la propia escritura. Respecto a la cabeza parlante, además de la declaración de don Antonio a los inquisidores y el consejo de éstos sobre la necesidad de desmentir el bulo, es el propio autor quien nos dice: "*El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y así, dice que don Antonio Moreno, a imitación de otra cabeza que vio en Madrid, fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa, para entretenerse y suspender a los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte...*" O sea, el "traductor" de la obra de Cide Hamete aclara lo que

éste conoce sobre la explicación del “fenómeno” de la cabeza parlante capaz de responder a las preguntas de los presentes.

En el siguiente capítulo, de nuevo, los personajes conocen la condición de Don Quijote y, de acuerdo con ello, lo tratan. Así, al visitar las galeras, el general, recibe al caballero con estos gestos y palabras: *“abrazó a don Quijote, diciéndole: -Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor del andante caballería”*.

La publicada historia de Don Quijote es conocida y tal conocimiento constituye la guía y justificación de muchas de las aventuras de esta segunda parte del libro de Cervantes: el trato recibido en casa de don Antonio Moreno y por los demás personajes que acompañan a éste es una prueba indudable de ello, como fueron los episodios en casa de los duques tanto los ya referidos como los que se narrarán en capítulos posteriores. Y, de manera especial, la batalla entre nuestro caballero y el de la Blanca Luna, por quien Don Quijote es vencido y obligado, por su palabra de caballero andante, a dejar el ejercicio de las armas y descansar en su aldea durante un año. Como Cide Hamete Benengeli explica:

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió a los duques a levantar el edificio de la máquina referida. Y dice que, no habiéndosele olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el Caballero de los Espejos fue vencido y derribado por don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver a probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado; y así, informándose del paje que llevó la carta y presente a Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde don Quijote quedaba, buscó nuevas

armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, a quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de don Quijote. Llegó, pues, al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que don Quijote llevaba...”

Es decir, como era de sospechar, que el caballero vencedor de Don Quijote no era otro que Sansón Carrasco disfrazado como “de la Blanca Luna”. La condición de don Quijote y Sancho va a determinar el nuevo montaje de los duques para su divertimento. Merecido tienen el comentario del autor: “...Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos”.

De toda la burla, nos van a interesar las palabras de Altisidora, en el capítulo 2,LXX, “Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia”, con las que se refiere nuevamente a la edición apócrifa:

*Así debe de ser -respondió Altisidora-; mas hay otra cosa que también me admira, quiero decir me admiró entonces, y fue que al primer voleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez; y así, menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo a otro: "Mirad qué libro es ése". Y el diablo le respondió: "Ésta es la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, **no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas**". "Quitádmeme de ahí -respondió el otro diablo-, y metedle en los abismos del infierno: no le vean más mis ojos". "¿Tan malo es?", respondió el otro. "Tan malo -replicó el primero-, que si de propósito yo mismo me pusiera a*

hacerle peor, no acertara". Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo, por haber oído nombrar a don Quijote, a quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.

-Visión debió de ser, sin duda -dijo don Quijote-, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino.

Cervantes no desaprovecha ocasión para hablar del libro atribuido a Alonso Fernández de Avellaneda, como tampoco para hablar de literatura. Por ejemplo, cuando don Quijote, camino a su aldea, propone a Sancho hacerse pastores, nombres, ocupaciones, canciones e instrumentos musicales serán los propios de la novela y poesía pastoriles, los mismo que parodia en el *Coloquio de los perros*.

El libro de Avellaneda será el tema fundamental del capítulo 2, LXXII: se hace aparecer a don Álvaro Tarfe, el mismo personaje de la historia “no compuesta por Cide Hamete”. El encuentro entre don Quijote y don Álvaro es utilizado para desmentir el libro del “autor moderno” y ratificar al verdadero. De nuevo nos preguntamos: ¿Cuál es el juego de Cervantes? Si falso o plagio es el libro de Fernández de Avellaneda, ¿no se iba éste a desprestigiar a sí mismo, ante la verdadera segunda parte? De cualquier manera, es digno de comentario el procedimiento:

1. Camino de su aldea, don Quijote se encuentra en una venta con don Álvaro Tarfe: *“Llegó en esto al mesón un caminante a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos*

parecía:// *-Aquí puede vuestra merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto don Quijote, le dijo a Sancho:// -Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe”.*

2. Los dos personajes se presentan: “*-Mi nombre es don Álvaro Tarfe -respondió el huésped. // A lo que replicó don Quijote: // -Sin duda alguna pienso que vuestra merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno. // -El mismo soy -respondió el caballero-*”
3. El caballero reconoce la diferencia entre ambos Quijotes: “*...el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o, a lo menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y, en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. // -Y, dígame vuestra merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice? // -No, por cierto -respondió el huésped-: en ninguna manera”.*
4. También se comentan, sobre todo por boca del propio Sancho, las diferencias entre ambos escuderos. Le achacan, fundamentalmente al conocido por Tarfe que es más calificado de tonto que de gracioso (“*...aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese*”). Muy al contrario el verdadero Sancho presume de gracioso y hace sus gracias al hablar. También Sancho insiste entre las diferencias entre su amo y el otro Quijote, aunque tal ponderación es a costa de repetir las presuntas hazañas del caballero y el amor a Dulcinea.

5. Don Álvaro explica que ha dejado a su don Quijote “...*en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío*”. La respuesta de don Quijote es contar que nunca estuvo en Zaragoza “*por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desta ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro a Barcelona*”. Por otra parte, añade: “*Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos*”.
6. Para mayor seguridad en su afirmación de ser el verdadero Quijote, ante el alcalde, hace firmar a don Álvaro que no lo conocía: “*A vuestra merced suplico, por lo que debe a ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquél que vuestra merced conoció*”.
7. Firma don Álvaro lo que desea don Quijote: “*Llegóse en esto la hora de comer; comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquél que andaba impreso en una historia intitulada: Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, con lo que quedaron don Quijote y*

Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras”.

A la vuelta a la aldea, como reiteración en su locura, don Quijote insiste en la idea de hacerse pastor, lo que nos permite insistir en el tema de la literatura como tema literario. Pero, al final, don Quijote va a recobrar la cordura, hasta el punto de dejar en su testamento la constancia al rechazo a los libros de caballería, causa de su locura: *“es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y, en caso que se averiguare que lo sabe, y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad”.*

Finalmente la muerte, con su certificado de defunción, para evitar saliesen a la luz nuevas aventuras apócrifas: *“Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas”.*

Todavía se hace una última alusión al libro autor de Tordesillas:

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: -Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines

historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero, antes que a ti lleguen, les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres: "¡Tate, tate, folloncicos! De ninguno sea tocada; porque esta impresa, buen rey, para mí estaba guardada. Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que, para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los estraños reinos".

Conclusión

De acuerdo con el título de este trabajo, hemos tratado de demostrar la importancia que tiene la primera parte del Quijote como tema literario de la segunda, así como, la atención que Cervantes presta al libro de Avellaneda, dejando la pregunta sobre la verdadera autoría de este libro escrito “con pluma de avestruz grosera y mal deliñada”, considerando que cabe en el título EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA EN EL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.